

---

## MES DE OCTUBRE EN PARIS.

---

### I.

Todos los años por estos dias comienza la animacion de Paris. Mas en este año que corre, se concluye. La gran ciudad parece como desierta despues que la han abandonado tanto extranjero como ha venido á saludar esta importantísima poblacion que intenta ser Atenas por sus artes, Roma por sus ejércitos y Alejandria per su espíritu universal y cosmopolita. Los comerciantes se quejan de que la cosecha ofrecida por la Exposicion á la industria no ha sido tan feraz como se prometian las ilusiones del deseo. Pero los teatros de Paris podrán decir en cambio que ha sobrepu-

jado sus esperanzas. Nada más incómodo en el mundo que un teatro de París con sus angostos corredores, sus duros y apretados asientos, sus acomodadoras de papalina blanca y traje oscuro tan socaliñeras como insolentes, su consejo de administracion que semeja un tribunal, sus entradas y contraseñas infinitas, su aglomeracion de gentes incapacitadas casi de respirar en tan mezquina atmósfera, sus infinitas luces que forman como un horno, sus ínarmónicos violines que jamás componen una mediana orquesta, y sus destemplados vendedores que, á guisa de plaza de toros, ofrecen á grito herido bizcochos, papeles, naranjas y agua de limon, formando una algarabía insufrible, mientras el malditísimo telon embadurnado de anuncios que sabeis de memoria y que os persiguen por todas las esquinas, viene á recordaros las tristes esperanzas de la realidad en medio de las expansiones del arte. Y sin embargo, estos teatros tan estrechos é incómodos se han embolsado durante la Exposicion, sesenta y seis millones de reales.

## II.

Lo más notable que en artes ofrece hoy la capital del mundo son los conciertos de Padeloup, consagrados á extender y popularizar el gusto por la música alemana. Sucede en el arte músico alemán exactamente lo que sucede en nuestras catedrales góticas. A pesar de levantarse en climas ardientes donde es tan claro el cielo y tan deslumbrador el brillo del sol, son oscuras, como consagradas al recogimiento interior del espíritu. Cuando entráis nada podeis distinguir, nada más que las espesas sombras amasadas por las altas bóvedas sobre el pavimento. Pero al poco tiempo, la claridad mística comienza, la mustia lámpara baña de tintes melancólicos el rostro de la Virgen, el ardiente cirio se refleja en las áureas alas de los ángeles, la luz del dia se quiebra en toques indefinibles y en armoniosos tonos entre los simbólicos triángulos, y la ogiva dibuja en

sus vidrios de colores los matices de un iris, que semejan los albores del Empireo. Así en la música alemana, cuando comenzais á oír, os parecen sombras, si es dado hablar así, los sonidos; no podeis comprenderlos porque no podeis distinguirlos; pero atended, atended un poco, fijad vuestro ánimo en aquella sosegada corriente de armonías, y bien pronto os parecerá que brota como los manantiales del sentimiento por misteriosa manera de vuestro propio corazón y que se refleja en su seno vuestro propio espíritu. La música alemana ciertamente no es fácil como la música italiana. Pocas palabras bastarán á calificar una y otra. La música italiana es como el viento en los árboles, como el eco de las olas en las playas, como el coro de las alondras saludando al sol ó el coro de los ruiseñores saludando á la luna; es el relieve exterior, es la forma plástica, es la armonía del Universo, ó el canto de los séres *lacrimæ rerum*. Pero la música alemana es vaga, interior, profunda, un poco sombría, porque es la música del sentimiento, el plañido del amor, el grito del alma, las

lágrimas de las ideas. Yo quiero el grande arte. Yo rogaria á la mujer, á la eterna musa de todas las inspiraciones sublimes, que se conjurase contra el arte grosero, sensual, mecánico, utilitario, que embrutece á sus amantes, que mata en flor el corazón de sus hijos. Los teatros de París van á verse inundados de composiciones monstruosas, de comparsas babilónicas, donde las mujeres se disfrazarán de botellas de Leyden, echando tonantes chispas de electricidad que agiten convulsivamente los únicos restos de la vida en estas ruinas del mundo moral; los sentidos. Así es que yo agradezco infinito á Paul de Merice y á Alejandro Dumas que hayan pensado en darnos, con toda su originalidad, con todas sus excentricidades, pero en toda su grandeza, el Hamlet de Shakespeare. Es necesasio conmover profundamente á estas generaciones incapacitadas de sentir lo sublime, de amar lo bello; es necesario conmoverlas con los torcedores del remordimiento, con los combates de la duda, con los problemas del ser ó el no ser, con las tristezas de la muerte y las esperanzas de la inmortalidad, con las tempesta-

des del corazón y los destellos de la conciencia, con todas las fulguraciones del espíritu; para que aprendan la virtud y se acuerden de Dios.

### III.

Mas París convida, cuando sólo se mira la superficie, á lo agradable, á lo lijero. Hace pocos dias ha salido un libro que prueba los inconvenientes de las iniciales: «El libro del sentimiento y del amor, por el abate C. P.»

—¿Quién será este abate? preguntaba una amiga á otra.

—Lo ignoro, contestó la preguntada, lo ignoro. Tal vez sea el abate Cova Perle.

Esto prueba que como dicen nuestros castellanos, vale más llamar al pan pan, y al vino vino, y á cada cual por su nombre de bautismo. Oid una historia interesante, cuya autenticidad os garantizo. Un riquísimo comerciante llamado S.....

ha reunido su fortuna con mucho trabajo y educado por ende á sus hijos en el santo temor de la miseria. Y de pronto se encontró en medio de lo que más huía, por esas venganzas que la Providencia toma de todas las pasiones; venganzas, como llamamos repetidas veces en el mundo, á la justicia. Un jóven, modesto y pobre, llamado Pablo, le pide la mano de su hija, la hermosa y rica Luisa. El comerciante se la niega, porque para él no es el matrimonio la union de dos corazones, sino el producto de dos sumandos. Al dia siguiente recibe una carta en la cual su candidato á yerno le anuncia que si no accede á su demanda se suicida. El viejo industrial levanta los hombros con glacial indiferencia, y dice: «Nadie se suicida hoy por amor.» Y tira la carta. Pero á las doce horas vuelve á recibir otra en la cual anuncia este nuevo Marsilla que se va á suicidar, y le convida para dentro de dos dias á su entierro en la casa mortuoria. El único encargo que le hace, como expresion de su voluntad en tan supremo trance, como testamento moral de que es albacea su propio verdugo, el único encargo que le hace, el pos-

trer ruego que le dirige; al borde oscuro de la eternidad, sintiendo ya el frío de la muerte, temblando por las reconvenções que el Supremo Juez dirigirá al suicida que se presenta sin ser llamado; su última idea, su última palabra, su última súplica es que deje su padre llorar á Luisa. El comerciante, que no habia nacido para tales tragedias, siente un horrible torcedor en su conciencia. No puede concebir tanta locura, y corre á la casa de Pablo, pisándose el corazon. La terrible nueva se ha confirmado. Unas cortinas de paño negro con franjas blancas cubren la entrada; un atahud ocupa el zaguan. Creyó caer el buen viejo al lado del atahud. La mitad de su fortuna hubiera dado por resucitar al muerto y evitarse tantos remordimientos. ¡Él! que de nada podia acusarse, pues jamás retrasara ni en media hora el pago de una letra. Siguió el cortejo fúnebre, y arrojó un puñado de tierra sobre el atahud; un puñado de tierra que parecia arrancado de su corazon. Si fuera ducho en las artes de la palabra y no estuviese constipado, pronuncia en el cementerio una oracion fúnebre. Pero aún le aguar-

daba el dolor de los dolores. Luisa ha sabido la muerte de su amante, y no quiere ni vestirse, ni comer, ni ir al bosque de Boulogne, ni escuchar la Patti, ni asistir á las próximas recepciones del presidente del Cuerpo legislativo; Luisa, ¡la pobre! sólo quiere morirse y ser enterrada, ni más ni ménos que la Míolhan Carvalho en la Julietta y Romeo de Gounoud. El pobre padre no sabe á qué santo encomendarse. Si no fuera porque los gorros de dormir con que ha hecho su fortuna, forman como una cataplasma alrededor de su mollera, y le impiden tener pensamientos trágicos, se hubiera suicidado. Lo hiciera si un hombre pudiera suicidarse, así, buenamente, sin grave detrimento ni para su caja, ni para su estómago. Pero aún sus tragedias no se han concluido. Cuando más entregado estaba á tales reflexiones, le anuncia su ayuda de cámara que un jóven desea hablarle. Sale distraido á la antesala. Es la hora del crepúsculo vespertino. El tibio resplandor de una mal encendida chimenea alumbra la estancia. En la dudosa claridad ve á Pablo. Su horror no tiene límites. Tiemblan todos sus nervios; la voz

se le anuda á la garganta. El suicida viene del otro mundo á castigar su implacable crueldad; tal vez á reclamar á su hija para los desposorios de la muerte, para el lecho del sepulcro.

—No se asuste Vd., le dice con voz muy natural y entera la pálida sombra.

—Que no me asuste, cuando hoy mismo he asistido á tu entierro.—Y daba diente con diente.

—Nada de eso. El enterrado era un escribano de mi vecindad, un habitante del cuarto principal de mi casa, el cual murió, como mueren los escribanos, prosáicamente en su cama. Yo no he querido matarme, no por mí, sino por no matar del mismo golpe á vuestra hija.

A los pocos dias Pablo estaba de frac negro y corbata blanca. Luisa, de velo blanco y corona de azahar en la iglesia de San Sulpicio, celebrando uno de esos teatrales matrimonios que se acostumbran á celebrar en esta Francia, en esta tierra clásica del aparato y de las comedias de mágia.

## IV.

Y ya que hablamos de bodas, no puedo resistir á la tentacion de escribiros cuatro palabras sobre un libro que acaba de publicarse por un escritor moralista, el cual en lenguaje profético habla mucho de la próxima inevitable muerte de esta corrompida Francia. El escritor se llama Alejandro Weill. Indio de religion, aleman de origen, francés de nacimiento, Weill tiene algo de la desesperacion semítica y de la profundidad germánica, y de la chispeante gracia gala. Es como pocos un escritor de grandes contrastes, y de bruscas antítesis. Lleva, como pocos, en el alma la desolacion de nuestros dolores sociales. Castiga, como pocos, abrasándolos con un hierro candente los vicios todos de nuestro siglo. En Francia es muy aborrecido porque ha maltratado á todos los escritores contemporáneos, porque ha maldecido de las redacciones de todos los periódicos.

dicos. Es una especie de Job, que desde su estercolero habla en magníficas imágenes de las plagas morales que caen sobre nuestro siglo. Cualquiera diría que por sus escritos pasa todavía el soplo abrasador del desierto, donde escribieron los profetas. Y uno de los grandes males que echa en cara á nuestro tiempo, es la falta de esos amores profundos, eternos, que trascienden hasta más allá del sepulcro, y que ligan por toda una eternidad dos corazones, los cuales no pueden ser apartados ni por la muerte, la falta del matrimonio de las almas. En efecto, con una palabra puede calificarse el carácter del amor en esta nuestra sociedad; no es el afecto profundo que se adhiere á una sola persona, es el inconstante mariposeo por todas las flores. Y no habrá moralidad mientras no haya familia. Y no habrá familia mientras no haya amor. Y no habrá amor mientras no se despierte en la mujer la idea de que ha nacido para un solo hombre, y en el hombre la idea de que ha nacido para una sola mujer. Es necesario acabar con la inconstancia que ha ahogado lo más bello, lo más poético del sentimiento, la eterni-

dad. Es necesario que una jóven medite mucho ántes de entregar su voluntad á un hombre; pero despues de haberla entregado, trate de unir su alma con aquella alma, su suerte con aquella suerte, su vida con aquella vida, su porvenir con aquel porvenir, como se unen dos suspiros en el aire. Los sepulcros de la Edad media donde yacen acostados sobre la marmórea losa el marido y la mujer durmiendo juntos sus huesos, dan una idea de la eternidad del matrimonio.

## V.

Pero veo que iba dando en el gravísimo defecto de sermonear mucho. Tratemos de cosas más ligeras; tratemos un poco también de modas. Ya hemos dicho otra vez que no considero la moda cosa tan ligera como algunos pretenden. Infinidad de acontecimientos históricos se explican por la moda. En nuestros días se conocen más los aires

políticos por el color de los trajes que por los despachos diplomáticos de los ministros, ó por los discursos de apertura de los monarcas. En cierto tiempo de itálico entusiasmo, las elegantes se vestían el color morado de Magenta. Después de la batalla de Sadowah, el color amarillo, ó pardo, ó castaña, ó habana, que todos estos matices tiene, llamado de Bismarck. Ahora que el Austria va estando en boga se lleva el verde Meternich. Y luego se dirá que la moda no tiene trascendencia en el mundo. Quizá no recuerda Europa una guerra tan trascendental por los cambios que trajo en el equilibrio europeo como la guerra llamada de los siete años en el siglo último. Desde entonces pasó virtualmente la dirección política de Alemania desde Austria á Prusia, este grande hecho que parece de ayer y se halla preparado por tres siglos. Pues una de las causas ocasionales de la guerra y de la alianza entre Austria, Rusia y Francia, fué lo mucho que el gran Federico se burlaba de los raros tocados y bizarras modas de la célebre Madama de Pompadour, favorita de Luis XV. Otra burla

idéntica respeto á la emperatriz Isabel, decidió de la política de Rusia. Vaya otro hecho. En 1777 José II, Emperador de Austria, vino á París á ver á su hermana, María Antonietta, tan célebre por su hermosura como por sus desgracias. Un día entró en su tocador cuando la reina de Francia acababa de levantar el edificio de su alto moño todo lleno de lazos, plumas y flores.— «¿No me encontráis peinada á maravilla?—le preguntó su hermana.—Sí, respondió el emperador—pero es muy seco ese duro.—Sí?, replicó la reina—¿No os parezco bien?—Por vida mía, dijo el emperador, si quereis que os hable francamente, me parece demasiado ligero ese peinado para soportar una corona.» Hablemos ahora de los trajes notables de los últimos días. La emperatriz llevaba en el banquete dado en honor del soberano de Austria en el Hotel de Ville, un traje de satin blanco, argentado con una túnica de tul encima, que le daba un aspecto vaporoso, como la niebla á las hadas. Un cinturón de estrellas de brillantes rodeaba su talle, tres collares de las mismas piedras rodeadas de franjas de rubíes su



garganta, y el gran regente, el más bello diamante del mundo su cabeza. La reina de Holanda un traje de blonda blanca, adornado con lazos celestes, sobre los cuales caían torrentes de brillantes deslumbradores. La duquesa de Mouchg llevaba un traje de satin color de cereza, sobre el cual caía un manto de punto de Alençon prendido á la cintura por un ramo de acacias de oro. A propósito, siguen las colas muy largas, muy largas. Con este motivo se ha fundado en Viena una sociedad cuyo objeto es demostrar la insalubridad de las colas tan largas. Sostienen que el polvo levantado por ese aditamento del traje envenena los aires. Así es que muchos jóvenes se han juramentado en una sociedad secreta para pisar fuertemente las colas y rasgar así los vestidos. Hace pocas noches bajaba de su palco de la Opera una gran señora apoyada en el brazo de un primito que la molestaba mucho con sus declaraciones de amor. De pronto un gallardo caballero le pisó la cola; el primo le llama torpe; el otro le entrega una tarjeta. Un duelo se verifica. ¡Oh dolor! Al poco tiempo veía el infeliz

primo á la prima casada con su rival. No podeis imaginaros la peste de duelos que hay en Francia. Vivimos de milagro. Esto suele acontecer en todas las épocas más agitadas de la historia. En 1831 se entregaban á la boca de una pistola todos los disentimientos políticos. Un orleanista sostenia que la duquesa de Berry tenia un ojo más grande que otro. Oyólo un ex-guardia de Corps legitimista, y dijo:—Me dareis cuenta de esa injuria á una dama y á una reina. La madre del descendiente de cien reyes tiene el ojo derecho más grande que el izquierdo, pero Vd. decia que era el izquierdo más grande que el derecho. Y por esto celebraron un duelo.—Lo que el hombre más quiere es la vida.—No, puesto que á cada momento la arriesga.—¡Ah! Lo que el hombre más quiere es el inefable descanso de la muerte.